

Actualidad de Francisco Javier en su quinto centenario

Carlos Núñez

En el 2006 estamos celebrando el quinto centenario de un santo popular en las iglesias de todo el mundo católico. Se le tiene devoción, se le reza la novena de la Gracia, se da su nombre a muchos niños en la pila bautismal. Como patrono de las misiones, él sigue inspirándolas. Como santo querido por los pobres, no es difícil ver en él un modelo del creyente que se entrega a los demás, por amor a Cristo, sin hacer diferencias de raza, clase o condición. Un cristiano que se preocupa de la salvación (salud anímica y corporal) de su prójimo. Alguien para quien la propagación de la fe va unida a la defensa de la justicia que brota del Evangelio. Un creyente capaz de comunicar efectivamente a otros lo que hace y por qué lo hace, hasta implicarles —aunque sea desde lejos— en su misión.

Un hombre capaz de percibir las diferencias culturales y de interpretarlas, incluso a riesgo de equivocarse, sin perder de vista lo común a todos los seres humanos. Ese es San Francisco Javier. Una autora moderna lo ha retratado así, en una compleja combinación de rasgos que nos lo hacen clásico y moderno a la vez:

*Deportivo, ardiente, infatigable, vigoroso
y fraternal,
tú increpas a reyes y gobernadores,
pones en guardia a los intelectuales,
alertas a los comerciantes,
edificas con mano segura a tus hermanos.
Tú escuchas, comprendes, enseñas
a los pequeños.
Nada te es extraño: que el arroz sea
dividido,
que se haga justicia, que los pobres
sean respetados
y que los matrimonios vayan bien.*

*Tú bautizas hasta cansarte el brazo:
es tu lucha contra el infierno.
Nada parece darte miedo.
Partido un día para no regresar jamás, tú
has confiado tus votos a un amigo:
él los expresará en tu lugar cuando
llegue el momento.
Tú ofreces el futuro: estás proyectado
en el futuro.
Por otra parte, el punto final será puesto
como de paso.
Un nuevo mundo se alza delante de ti:
el barco va a venir.
Mañana, si Dios quiere, tú escribirás
desde allá: la China.
Pero tú estás en el puerto. El de Sanción.
El de Dios¹.*

El punto final, la muerte de Javier, fue puesto «como de paso». Cierta. Paso —para él— a una nueva realidad: la bienaventuranza con Cristo; y paso —para la Iglesia— a una nueva época histórica de las misiones cristianas. No es casualidad que cuando el santo navarro moría mirando a las costas de China, nacía en Italia quien consiguiera asentar la misión católica en Pekín, el P. Matteo Ricci, s.j. La misión *ad gentes* está necesitando hoy un nuevo impulso, una generación de relevo como entonces. Me pregunto si al celebrar el V centenario de Javier no podremos contribuir a devolver a su figura la fuerza crítica tan necesaria en este momento de las mi-

siones. El Papa Juan Pablo II ya había advertido, al inicio de la anterior década, en la carta encíclica sobre la misión del Redentor (*Redemptoris Missio*), que la misión parece haberse convertido en un problema más de justicia o desarrollo que de fe en el sentido estricto:

A la pregunta ¿para qué la misión?, respondemos con la fe y la esperanza de la Iglesia: abrirse al amor de Dios es la verdadera liberación. En él, sólo en él, somos liberados de toda forma de alienación y extravío, de la esclavitud del poder del pecado y de la muerte. Cristo es verdaderamente «nuestra paz» (Ef 2, 14), y «el amor de Cristo nos apremia» (2 Cor 5, 14), dando sentido y alegría a nuestra vida. La misión es un problema de fe, es el índice exacto de nuestra fe en Cristo y en su amor por nosotros².

Indagando en las posibles causas de ese fenómeno, el Papa nos alertaba acerca de una cierta «secularización» de la salvación, que hace cuestionarse por la necesidad de la evangelización, es decir, por el anuncio explícito de Cristo. Porque:

La tentación actual es la de reducir el cristianismo a una sabiduría meramente humana, casi como una ciencia del vivir bien. En un mundo fuertemente secularizado, se ha dado una «gradual secularización de la salvación», debido a lo cual se lucha ciertamente en favor del hombre,

¹ MARIE-FRANÇOISE BOUTEMY, «François Xavier, un homme libre?», en *Christus* 140 (1988) 410-416.

² RM 11.

*pero de un hombre a medias, reducido a la mera dimensión horizontal*³.

Por ello, la Iglesia nos invita a retomar un concepto más ancho de salvación, uno que, considerando la realidad compleja del hombre (compuesto anímico-material, individual-social, etc.), abra perspectivas a los destinatarios de la Buena Noticia de que es portadora la comunidad cristiana, pues

*nosotros sabemos que Jesús vino a traer la salvación integral, que abarca al hombre entero y a todos los hombres, abriéndoles a los admirables horizontes de la filiación divina*⁴.

Desde luego, el mundo ha cambiado mucho desde aquel siglo XVI en que vivió San Francisco Javier. También ha cambiado el marco de pensamiento teológico en que él se forjó, y la transformación de los estilos misioneros ha sido patente en la Iglesia, especialmente después del Concilio Vaticano II (1962-65). Pero desde finales de los ochenta las misiones católicas, que ya llevaban asumidas desde hacía tiempo como propias de su identidad la promoción de la justicia y la paz, la ayuda al desarrollo y la cooperación internacional, han presenciado el surgimiento en la sociedad civil de nuestros países europeos de nuevas iniciativas solidarias: volun-

tariado, cooperantes en el Tercer Mundo, organizaciones no gubernamentales, etc. Hay también una presencia creciente en la calle de «movimientos» cívicos (antiglobalización, contra la guerra, contra la deuda externa, a favor de los inmigrantes, la ecología, etc.). Los movimientos sociales acercan a nosotros situaciones a las que antes salían al encuentro los mi-

*en doce años, y con
rudimentarios medios de
transporte (cuando no a pie),
Javier recorrió cien mil
kilómetros*

sioneros fuera de su país. Apuntan a la necesidad, sentida por millones de ciudadanos europeos, de un desarrollo sostenible, integral; de un «estado del bienestar» que tenga en cuenta horizontes más amplios (intergeneracionales, internacionales, interculturales, interpersonales). Perciben que el individuo no puede ser el centro de todo, como tampoco es totalmente humano el desarrollo material si no va acompañado de una atención a la dimensión espiritual de las personas. Ahí donde fe, justicia y cultura se encuentran, la pregunta acerca de la salvación no puede ser eludida, aunque cada época revista quizás un matiz diferente. Desde ella podemos acer-

³ Id.

⁴ Id.

carnos a contemplar la imagen de San Francisco Javier.

Breve, pero intensa, biografía

Las imágenes de Javier, presentes por doquier, nos lo representan unas veces inclinándose sobre los catecúmenos indígenas para verter sobre ellos amorosamente las aguas regeneradoras del Bautismo con la concha del peregrino; otras veces —las más— sosteniendo con fuerte brazo el crucifijo, en postura corporal de avance, dando un paso adelante, puesta siempre la mirada en el horizonte de su apostolado: los confines de la Tierra. La biografía de Javier causa sencillamente admiración. ¡Hizo tanto en tan poco tiempo! Ese dinamismo de las imágenes del santo corresponde, sin duda, a la realidad de su vida terrena, en pleno movimiento.

Nace en 1506, cuando muere el gran navegante Cristóbal Colón, y estará Javier como predestinado a participar activamente en el momento histórico de aquella Europa renacentista que, liderada por España y Portugal, expandía su influencia, gracias a las rutas marítimas recién abiertas, hacia oriente y occidente. Conoce el joven Francisco la pérdida de la independencia del Reino de Navarra (1515) que su familia ha defendido heroicamente; desde su castillo de Xavier que una vez guardó fronteras, verá a éstas diluirse para formar un nuevo

Estado, la España imperial, pues Carlos I llega al trono en 1516.

Vive Javier sus años de estudiante y profesor en la Universidad de París (1525-1536) en pleno auge del humanismo renacentista, aunque se incoaban ya tensiones religiosas que iban a dividir dolorosamente a Europa. Es en el ámbito internacional de la Universidad de París donde surge el grupo fundador de la Compañía de Jesús, animado por Iñigo de Loyola. Esta comunidad de «amigos en el Señor» constituirá desde ahora la referencia central del Maestro en Artes Francisco Javier, desde la que irradiará su experiencia cristiana y su sentido de misión. El 15 de agosto de 1534, fiesta de la Asunción de María, los siete compañeros celebraron la Eucaristía en Montmartre, donde hicieron voto de ir a Jerusalén, para trabajar entre infieles, llevando una vida de pobreza a la manera de los apóstoles; y si la peregrinación no fuese posible, se dirigirían a Roma para presentarse al Papa y ofrecerse para cualquier misión. Cosa que harían en noviembre de 1538.

Para entonces, Javier ya se había ordenado sacerdote (Venecia, 24 de junio de 1537) y ejercitado el ministerio en Bolonia, donde según la costumbre que conservará siempre, vivía en el hospital para servir a los enfermos. Allí caería gravemente enfermo. La debilidad de su salud, providencialmente, le retendría como Secretario

de la Compañía junto a Ignacio en Roma. El Papa Paulo II quería que algunos jesuitas fuesen a las Indias Orientales. Restablecido totalmente Javier, y enfermo uno de los dos compañeros destinados a partir hacia las Indias, Nicolás Bobadilla (el segundo, Simón Rodrigues, acabaría quedándose en Portugal también por motivos de salud), se prestó voluntario el santo navarro. Partió de Roma, investido por el Papa nuncio apostólico en las regiones sometidas al rey de Portugal desde Cabo de Buena Esperanza hacia el Oriente. Acompañaba a la comitiva del embajador Mascarenhas hacia Lisboa.

De Lisboa, el 7 de abril de 1541, partió Javier hacia las Indias orientales, haciendo escala en Mozambique. Tardó trece meses en llegar a Goa. Es una de las cosas que impresionan de este santo: que en doce años, y con rudimentarios medios de transporte (cuando no a pie) recorriese 100.000 kilómetros. Afronta peligros naturales (tormentas, enfermedades...); se encara con la posibilidad cierta de una muerte violenta varias veces por parte de gentes hostiles (¡incluso de antropófagos!). Predica por vez primera el Evangelio en lugares desconocidos para los europeos de su tiempo, pues aquél del extremo oriente era también otro «nuevo mundo»; aprende rudimentos de lenguas nada fáciles, sin gramáticas ni vocabularios disponibles. Dialoga con pequeños y con sabios, con caciques y re-

yes; sirve con solicitud a los colonos portugueses en sus necesidades espirituales, aunque no ahorre para ellos duras críticas y exhortaciones a la justicia (no se libró ni el rey...). Y escribe con espontaneidad lo que inmediatamente percibe, manteniendo vías de comunicación con los de lejos, aunque esté sumido en tareas urgentes. Pero, curiosamente, el tiempo total que misionará en Asia no supera el tiempo que dedicó a su formación académica y espiritual en París. Los diez años de tarea evangelizadora se reparten entre tres grandes viajes misionales y algunos períodos de residencia estable (nunca sedentaria) empleados más en organizar y asentar las iniciativas pastorales. Las tres misiones propiamente dichas son: en la India (1542-1545), en las Molucas (1545-1547) y en el Japón (1549-1551). Muere Javier el 3 de diciembre de 1552 en la isla de Sanción frente a las costas de Cantón, cuando pensaba iniciar su cuarta misión: a China.

Entre la idealización heroica y la secularización

Pesa demasiado todavía la idealización decimonónica del misionero. En aquella época gloriosa y triunfante de las misiones católicas que duró hasta mediados del siglo XX, la caridad heroica estaba mejor vista que la compasión, cosa de débiles; la implantación de la Iglesia con sus estructuras jerárquicas mejor que la siembra de

semillas de la mostaza del Reino en el corazón de los pequeños; la construcción de templos visibles mejor que la edificación de comunidades cristianas responsables y solidarias. Tampoco se queda pequeño nuestro monumento «a la cooperación al desarrollo», que hemos levantado donde antes ponía «al misionero». El tufillo clerical de una misionología obsoleta se ha disimulado con el perfume de la solidaridad hodierna no confesional, que aunque se autodenomine también «no gubernamental» les debe tanto, por desgracia, a la política y

*escribe con espontaneidad lo
que inmediatamente percibe,
manteniendo vías de
comunicación con los de lejos,
aunque esté sumido en tareas
urgentes*

a los gobiernos del primer mundo. Un desarrollismo tutelado por agencias externas y una solidaridad indolora distribuida por una legión de cooperantes y profesionales hacen que nuestra filantropía circule mayormente por cauces institucionales. Estos, a su vez, como prueba de su eficacia, exigen la construcción de estructuras y el concurso de la burocracia. Javier se sorprendería hoy de nuestra aparente falta de libertad o de nuestro raquitismo espiritual,

aunque agradecería —cómo no— la ayuda prestada a los pobres.

Hay algunos ámbitos en los que los misioneros colaboran codo a codo con las iniciativas sociales que ya hemos citado arriba. Pero no es fácil mantener la identidad confesante cristiana o evitar la tentación del mimetismo para no despertar suspicacias en otros compañeros reacios (o explícitamente contrarios) a la Iglesia de Cristo. La relación y la cooperación con otras entidades en una tarea común no debe exigir la claudicación al materialismo reinante (ya sea de signo conservador-liberal, o progresista de izquierdas) o la aceptación pasiva de la secularización de la misión religiosa, preguntándose cosas de este estilo: porque si todo esto se hace en bien del hombre, ¿para qué «bautizar» lo que ya es bueno? Los planteamientos de las organizaciones no gubernamentales y de los movimientos sociales podrían ser notablemente enriquecidos con el Evangelio: los interpelaría, los cuestionaría, los purificaría, como acontece con las mismas instituciones cristianas cuando se vuelven al acontecimiento fundante de Cristo en su desnudez. Lo que le salva al hombre no son sus medios, sino el amor compasivo. Quizás en este punto la conmemoración del quinto centenario de Javier nos pueda servir para revisar humildemente nuestros presupuestos misionales. Me refiero al planteamiento religioso de la misión cristiana. ¿Brotó éste de

la inspiración evangélica o de otros intereses puramente seculares?

Tres experiencias fuertes de Javier: salvación, renuncia, pertenencia

Una buena contribución personal como creyentes a la celebración del V Centenario del nacimiento del santo misionero sería intentar revivir tres experiencias fundantes de la espiritualidad de Francisco de Javier. Podríamos llamarlas «fuertes», con todo lo que ello implica de contracultural, en medio del apogeo de un pensamiento «débil» en nuestro contexto europeo post-moderno (¿también post-cristiano?). Y con lo que la palabra igualmente sugiere en términos de devoción tradicional, emulando a aquellos «amigos fuertes de Dios» que deseaba Santa Teresa. Ciertamente Dios es la fortaleza de los creyentes. Lo que significa que es su gracia la que nos hace fuertes, no nuestros ingenios y producciones. También llamamos a Dios nuestro Salvador, y eso implica que la experiencia de la liberación consiste en ser salvado por otro, de igual manera que la renuncia cristiana consiste en ser arrastrado, por amor, fuera de las supuestas seguridades personales. Y no porque uno solo no baste, sino porque fuera de la comunión sólo se extiende, para el ser humano, el desierto de la infelicidad. Asimismo, la pertenencia es una fuerte atracción que lleva a la identificación con el

otro y con los otros. Las tres experiencias cambian la conciencia de uno mismo y abren la posibilidad de una genuina existencia religiosa, es decir «religada», en relación. Sólo sobre ese fundamento puede el cristiano edificar una vida basada en la misión. O dicho más claramente: acoger la vida como misión.

Desde Malaca, escribía Javier a los jesuitas de Europa, el 22 de junio de 1549:

Grande es la consolación que llevamos en ver que Dios nuestro señor ve las intenciones, voluntades y fines porque vamos a Japón. Y pues nuestra ida es solamente para que las imágenes de Dios conozcan a su Criador, y el Criador sea glorificado por las criaturas que a su imagen y semejanza crió, y para que los límites de la santa madre Iglesia, esposa de Jesucristo, sean acrecentados, vamos muy confiados que tendrá buen suceso nuestro viaje⁵.

Es lo que hoy llamaríamos en el argot corporativo moderno un ejemplo de «mission statement», donde Javier resume claramente las motivaciones y fines de su empresa. Las personas son para él «imágenes de Dios»; no hay mayor bien para ellas que el conocer a su Creador. El misionero es

⁵ Doc. 85, 11 (se conservan 137 escritos javieranos, entre cartas y documentos varios; aquí los citamos de la edición castellana, preparada por FÉLIX ZUBILLAGA, s.j., *Cartas y escritos de San Francisco Javier*, BAC, Madrid 1953).

alguien que acerca o pone en contacto los dos términos de esa relación, es decir, un mediador. Y a la vez, un querido hijo de la Madre Iglesia, cuyos brazos se alargan, para servir, allá donde llegan los nuestros. Javier no sólo *pertenece* a la Iglesia: sabe que él mismo *es* Iglesia. De manera similar, la especial significación de Javier hoy para nosotros no radica sólo en avivar nuestra acción misionera, sino en hacerlo eclesialmente, es decir, evangélicamente, suscitando la cuestión acerca de nuestras *intenciones, voluntades y fines*. Para lo cual es necesario reconocer su actualidad salvando las distancias históricas, culturales y de lenguaje religioso. Una actualidad que reside además, en temas nucleares de la identidad cristiana. Porque ¿qué significa ser cristiano para Javier?

Salvación

En primer lugar, sería bueno recuperar su concepto «fuerte» de **salvación**, entendida como salud de alma y cuerpo (el hombre entero), que le lleva a preocuparse de igual modo por el Bautismo de los paganos que por la educación de los niños, la justicia con los pobres, la calidad de la vida familiar y el fomento de la comunicación a todos los niveles. No creo que Javier pensara que las obras «corporales» de caridad son de menor rango que las «espirituales». Pero sí que aquéllas están orientadas a és-

tas, de modo que el «provecho de las almas», finalidad de todo apostolado, era sinónimo para Javier de la salvación integral. A ello quería consagrar sus esfuerzos la naciente Compañía de Jesús:

Compañía fundada ante todo para atender principalmente a la defensa y propagación de la fe y al provecho de las almas en la vida y doctrina cristiana por medio de predicaciones públicas, lecciones, y todo otro ministerio de la palabra de Dios, de ejercicios espirituales, y de la educación en el Cristianismo de los niños e ignorantes, y de la consolación espiritual de los fieles cristianos, oyendo sus confesiones, y administrándoles los demás sacramentos. Y también manifiéstese preparado para reconciliar a los desavenidos, socorrer misericordiosamente y servir a los que se encuentran en las cárceles o en los hospitales, y a ejercitar todas las demás obras de caridad, según que parecerá conveniente para la gloria de Dios y el bien común...⁶.

¿Por qué, entonces, ha quedado fijada esa imagen del santo obsesionado por bautizar y bautizar? No ciertamente porque minusvalorase las otras obras de caridad, que, dicho sea de paso, ocupan la mayor parte de su tiempo con el prójimo. Sino porque el apóstol de las Indias era muy consciente de que su misión era llevar la Buena Noticia de la salvación. Así lo expresaba con claridad en 1549 en carta desde Japón:

⁶ *Fórmula del Instituto, I.*

Nos, en estas partes, lo que pretendemos es traer las gentes en conocimiento de su Criador, Redentor y Salvador Jesucristo nuestro Señor. Vivimos con mucha confianza, esperando en Él que nos ha de dar fuerzas, gracia, ayuda y favor para llevar esto adelante (...) Nuestras intenciones son declarar y manifestar la verdad, por mucho que ellos nos contradigan, pues Dios nos obliga a que más amemos la salvación de nuestros prójimos que nuestras vidas corporales⁷.

Pero una salvación integral, claro está. Por eso, les recomienda a sus compañeros misioneros «que lo temporal sea ordenado a lo espiritual»⁸. Porque sucede que cuando intentamos superar una antropología dualista (la que contrapone alma y cuerpo) y asumir la visión bíblica del ser humano (que afirma la unidad psicofísica del ser personal del hombre), nos encontramos a menudo con la dolorosa disociación —en la vida del individuo, aunque también en la cultura— de ambos componentes esenciales. No es problema nuevo. El pensamiento de los grandes teólogos había buscado una solución, como nos recordaba Juan Pablo II:

En efecto, como admite Santo Tomás, el hombre en verdad padece una división interna entre la «carne» y el «espíritu». Sin embargo, según el de Aquino, esta oposición interna y dolorosa es «antinatural»,

⁷ Doc. 90, 48.

⁸ Doc. 81, 5.

porque es consecuencia del pecado; mientras que la exigencia profunda del hombre de la unidad y de la armonía entre la vida física y la espiritual es satisfecha por la vida de la gracia».

Javier probablemente creyese como Pablo¹⁰ que la gente sería justamente condenada por los pecados de idolatría y vicios. El habría observado mucho de esas dos cosas en los lugares que visitó, y no parece ser demasiado optimista sobre la posibilidad de que los paganos, en general, puedan evitar la condenación por sus propias

*las personas son, para
Francisco Javier, «imágenes
de Dios»; no hay mayor bien
para ellas que el conocer
a su Creador*

fuerzas, sin un fuerte empuje de la gracia. A veces, sus juicios sobre algunos nativos de la India resultan —para nuestra sensibilidad— demoledores. Por ejemplo:

⁹ Cf. JUAN PABLO II, *La doctrina tomista sobre el alma en relación con los problemas y con los valores de nuestro tiempo*, Discurso al Congreso Internacional «De anima in doctrina Sancti Thomas in homine», 4 de enero de 1986.

¹⁰ Cf. Rom 1, 18-32.

*No tienen inclinación a oír cosas de Dios y de su salvación. Las fuerzas naturales se hallan en ellos muy corrompidas para toda clase de virtudes. Son extraordinariamente inconstantes, por los muchos pecados en que han vivido; hablan poca o ninguna verdad*¹¹.

Según la doctrina católica, los sacramentos celebrados dignamente en la fe son eficaces, es decir, confieren la gracia que significan, porque en ellos es Cristo mismo quien actúa. Así, en el Bautismo es Cristo quien bautiza; es Él quien salva en el Bautismo. La urgencia de Javier por predicar el Evangelio y bautizar se basa en la convicción (y experiencia) de que sólo por medio de la aceptación de la gracia de Cristo en los Sacramentos las personas podrán ser curadas de sus tendencias a la idolatría y al vicio¹². Francisco, que era tan consciente de que la salvación es obra de la gracia, y que había experimentado en sí mismo con enorme fuerza la gratuidad de la salvación de Dios ofrecida en Cristo, deseaba que los paganos pudieran participar también de esa experiencia gozosa y liberadora. Los paradigmas teológicos vigentes en su época le apoyaban en esta percepción de la necesidad del bautismo para la salvación.

¹¹ Doc. 71, 1.

¹² Cf. FRANCIS SULLIVAN, *Salvation Outside the Church? Tracing the History of the Catholic Response*, New York 1992, 86.

Dentro de ese paradigma, idolatría es un concepto clave para entender la actitud de Javier: ella se interpone entre los hombres y el verdadero Dios que salva; Dios es nuestro bien, pero los ídolos nos apartan de Él para adorar al demonio; la idolatría arrastra a la condenación; está relacionada con el demonio... Así interpretaban los teólogos de entonces la Escritura¹³ y las enseñanzas de los Padres. El universitario Javier no había tenido acceso a otra clave de interpretación de la idolatría. Se manifiesta claramente en la doctrina cristiana (catecismo breve) que el santo compuso en 1542 en Goa, en los tiempos iniciales de su apostolado en la India:

Creo firmemente, sin poder dudar, que me tengo de salvar por los méritos infinitos de la muerte y pasión de vuestro Hijo Jesucristo, mi Señor (...) pues es mayor vuestra misericordia que la maldad de mis pecados. Vos, Señor, me criasteis, y no mi padre ni mi madre, y me disteis alma y cuerpo y cuanto tengo. Y vos, mi Dios, me hicisteis a vuestra semejanza, y no los pagodas, que son dioses de los gentiles en figura de bestias y alimañas del diablo. Yo reniego de todos los pagodas, hechiceros, adivinadores, pues son cautivos y amigos del diablo.

Oh gentiles, ¡qué ceguera de pecado la vuestra tan grande, que hacéis de Dios bestias y demonio, pues lo adoráis en sus figuras!

¹³ Por ejemplo, 2 Cor 6, 16 b.

*Oh cristianos, demos gracias y loores a Dios, trino y uno, que nos dio a conocer la fe y la ley verdadera de su Hijo Jesucristo*¹⁴.

Para el misionero, la salvación significa «salir de sus idolatrías y adorar a Dios y a Jesucristo salvador de todas las gentes»¹⁵. Su deseo será ante todo «librar las almas»¹⁶, lo que supone predicar para la conversión y «suspirar por la salvación de tantas imágenes y semejanzas de Dios»¹⁷, es decir, los seres humanos en su integridad.

Renuncia

En segundo lugar, podríamos recuperar también su vivencia fuerte de la **renuncia** que implica el ser cristiano, algo que en Javier se manifiesta en la forma de un triple «éxodo»: salir del egoísmo individual (el propio querer e interés); del egoísmo nacional (los patriotismos e intereses coloniales mezquinos); y del egoísmo comunitario (la autocomplacencia institucional).

La experiencia de la vida cristiana como éxodo de uno mismo se encuentra en los orígenes de la vocación apostólica de Javier. Está presente en las palabras evangélicas con las que

Ignacio le invitó reiteradamente a recapacitar: «¿de qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su vida?»¹⁸. Este versículo dirigido por Jesús a sus discípulos se halla precedido por el no menos contundente «si alguno quiere venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo»¹⁹. Javier, que en los Ejercicios Espirituales había profundizado sobre este criterio fundamental: «piense cada uno que tanto se aprovechará en todas cosas espirituales, cuanto saliere de su propio amor, querer e interés»²⁰ exclamará desde la intensidad de su actividad apostólica:

*¡Qué muerte es tan grande vivir, dejando a Cristo, después de haberlo conocido, por seguir propias opiniones o aficiones! No hay trabajo igual a éste. Y por el contrario, ¡qué descanso vivir muriendo cada día, por ir contra nuestro propio querer, buscando no los propios intereses sino los de Jesucristo!*²¹

El esquema fundamental del cristianismo, nos recuerda Javier, es una muerte y una transformación, que están implicadas en el acontecimiento de la fe, desde la historia de Abraham. «Vete de tu tierra, de tu patria y de la casa de tu padre»²². Supone una ruptura personal, nacional, cultural. La imagen de Javier sobre el velero es

¹⁴ Doc. 14, 26.

¹⁵ Doc. 97, 19.

¹⁶ Doc. 90, 52.

¹⁷ Doc. 90, 49.

¹⁸ Mt 16, 26.

¹⁹ V. 24.

²⁰ EE, n. 189.

²¹ Doc. 15, 15.

²² Gen 12, 1.

todo un símbolo de su realidad interior. Es acogida de una presencia que no me pertenece, que irrumpe desde afuera viniendo a mi encuentro y arrastrándome más allá de mí mismo, creando una nueva realidad que antes no estaba. La Buena Noticia de Jesucristo, venida desde fuera de mí, será siempre un escándalo para la persona que busca afirmar su autosuficiencia o su autonomía.

*la experiencia de la vida
cristiana como éxodo de uno
mismo se encuentra en los
orígenes de la vocación
apostólica de Javier*

La historicidad del cristianismo, la historia de las misiones cristianas, confirma en la práctica este reto. También en nuestro momento presente. Quizá no sea fácil presentar a nuestros contemporáneos de occidente un ideal cristiano basado en la renuncia. Preferimos sugerir «toma», a exigir «deja». Pero la novedosa irrupción de Cristo en la vida de las personas siempre pondrá en tela de juicio la conciencia de nuestra invencible identidad individual, colocándonos ante la oración de Jesús «para que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti...»²³.

²³ Jn 17, 21.

Acerca del egoísmo nacional, se puede decir que Javier no situaba su ideal en patria terrena alguna, sino en la celeste. Francisco había amado mucho su solar navarro de Xavier, donde transcurrieron los primeros diecinueve años de su vida al lado de sus padres, como muestran los documentos del proceso de hidalguía entablado en Pamplona en 1535 a petición del mismo Javier desde París.

Mirando a su familia, se le abrían tres caminos: el del derecho y la política, que siguiera su propio padre, el doctor Juan de Jassu; el de las armas, como sus hermanos mayores Miguel y Juan; y el de la docencia, a ejemplo de su tío Martín de Azpilcueta, el famoso «doctor Navarro», o más probablemente el de la carrera eclesiástica. Pero su intensa transformación espiritual en París —lo que a menudo se ha llamado «conversión»— influyó también en la nueva orientación de esa sensibilidad. Javier va a permanecer unido a un grupo internacional de amigos en el Señor, la Compañía de Jesús, y va a desarrollar su apostolado en las Indias siendo súbdito (a veces bastante crítico, por cierto) de la Corona portuguesa. Una buena parte de sus escritos estarán redactados en portugués, aunque mezclase a menudo en ellos expresiones castellanas. Antes de partir de Europa, cuando los primeros compañeros habían meditado y compuesto, para aprobación pontificia, una breve formulación de la Compañía que se sentían movidos a fun-

dar, Javier habría orado sobre el sentido personal de aquella consagración:

*Con un voto especial, por el cual nos obligamos a ejecutar, sin subterfugio ni excusa alguna, inmediatamente, en cuanto de nosotros dependa, todo lo que nos manden los Romanos Pontífices, el actual y sus sucesores, en cuanto se refiere al provecho de las almas y a la propagación de la fe; y [a ir] a cualquiera región a que nos quieran enviar, aunque piensen que nos tienen que enviar a los turcos, o a cualesquiera otros infieles, incluso en las regiones que llaman Indias; o a cualesquiera herejes, cismáticos, o a los fieles cristianos que sea*²⁴.

Más adelante, habiendo probado las dificultades reales que entrañaba tal compromiso, escribirá desde Kagoshima, en Japón, sobre «las grandes y señaladas mercedes» que Dios le daba haciéndole trabajar en patria extraña, donde «no podemos en qué poder confiar ni esperar sino en Dios». En el egoísmo nacional ve Javier impedimento enorme no sólo para la misión, sino para la misma vida cristiana, porque:

En otras partes, donde nuestro Criador, Redentor y Señor es conocido, las criaturas suelen ser causa e impedimento para descuidar de Dios, como es amor de padre, madre, parientes, amigos y conocidos, y amor de la propia patria y tener lo necesario, así en salud como en las dolencias, teniendo bienes temporales o amigos espirituales que suplen en las necesidades

*corporales; y sobre todo lo que más nos fuerza a esperar en Dios es carecer de personas que en espíritu nos ayuden; por manera que acá en tierras extrañas, donde Dios no es conocido, hácenos él tanta merced que las criaturas nos fuerzan y ayudan a no descuidar de poner nuestra fe, esperanza y confianza en su divina bondad, por carecer ellas de todo amor de Dios y piedad cristiana»*²⁵.

Sobre la autocomplacencia institucional, y en conexión con lo arriba dicho, llama la atención el hecho recurrente en Javier de realizar la misión mirando más a las personas que a las instituciones. Buscando que las cristiandades se mantuvieran por ellas mismas aun en ausencia de misioneros, no intentando perpetuar obras propias o iniciativas paralelas. Es lo que esperaba para la implantación de la fe cristiana en el Japón y en China, por ser, como le habían dicho «gente muy curiosa y deseosa de saber cosas nuevas de Dios y otras naturales, me resolví, con mucha satisfacción interior, ir a aquella tierra, pareciéndome que entre aquella gente podrán perpetuar ellos mismos el fruto que haremos en vida los de la Compañía»²⁶.

Pertenencia

Finalmente, creo que necesitamos recuperar su experiencia «fuerte» de la

²⁴ *Fórmula del Instituto*, II.

²⁵ Doc. 90, 42.

²⁶ Doc. 71, 7.

pertenencia cristiana: las fidelidades y las lealtades de Javier, hombre que pertenece a Cristo, a la Iglesia y a la Humanidad a la que se siente enviado a servir.

En el envío o misión se resume la espiritualidad de la vocación de Javier. Hay momentos explícitos de esta vivencia: el voto de Montmartre, el ofrecimiento al Papa Pablo III en noviembre de 1538, y la designación de Javier, por expreso encargo del Papa, para la misión de las Indias. El 10 de octubre de 1549 extendía el P. General Ignacio la patente por la que nombraba a Francisco Prepósito Provincial «de cuantos viven bajo la obediencia de la Compañía en las Indias y otras regiones trasmarinas, sujetas al serenísimo rey de Portugal, y más allá». Aquel «más allá» sería profético, pues Javier abriría hacia Oriente nuevos campos de misión. Las Constituciones de los jesuitas, recogerían más tarde, en su versión definitiva de 1552 la experiencia de Javier:

Repartiéndose los de la Compañía en la viña de Cristo para trabajar en la parte y obra de ella que les fuere cometida, ahora sean enviados por orden del Vicario Sumo de Cristo nuestro Señor por unos lugares y otros... ahora ellos mismos escojan dónde y en qué trabajar, siéndoles dada comisión para discurrir por donde juzgaren se seguirá mayor servicio de Dios nuestro Señor y bien de las ánimas²⁷.

²⁷ Const., n. 603.

Vive, pues, Javier su vocación cristiana como un ser elegido personalmente por Cristo, en la Iglesia, para ser enviado en misión a la Humanidad. El santo se identifica plenamente con esa misión, que no es una tarea más, añadida a los otros aspectos de su vida, sino que constituye un modo de existencia configurada en Cristo, una vida que pertenece a Dios y a los hermanos en todo y para siempre. Eso es lo que llamaríamos un sentido «fuerte» de pertenencia.

Pero, ¿y si todo ello brotase no de un duro voluntarismo, ni de la forja personal del propio carácter, ni de una ascesis basada en la necesidad de expiar pecados o superar debilidades, sino del simple convencimiento interior? ¿Y si esa íntima convicción no proviniese, a su vez, de una formación dogmática sólidamente trabada, sino de la espontánea compasión que prende en el contemplativo? Tendríamos entonces que es la fe, experiencia de la gratuidad de un Dios que salva, la que ha educado la mirada de Javier, fundiéndola con el mirar compasivo de Cristo. La fe como entrega personal al Dios que se nos da, presente en todo, suscitando esa respuesta que, en la espiritualidad característica de los jesuitas, se conoce como «buscar y hallar a Dios en todas las cosas».

¿Dónde ha adquirido Javier esa disposición? Se considera característico del estilo religioso asiático el proceso

de iniciación espiritual basado en la convivencia *guru*-discípulo, y en la práctica personal de la meditación bajo su guía. La palabra sánscrita *guru* (maestro) contiene la misma raíz indoeuropea que nuestro castellano «grave». Porque es precisamente la madurez (gravedad y peso de la experiencia espiritual) del maestro, que ha experimentado previamente el contenido de su enseñanza, lo que le da autoridad para guiar a sus discípulos a que encuentren por sí mismos la Verdad sagrada. En tiempo de la canonización de los dos grandes santos jesuitas²⁸ se decía que Francisco de Javier había realizado muchos y grandes milagros; Ignacio de Loyola, en cambio, uno solo, pero mayor: Javier... La frase constituye una hermosa formulación de la relación *guru*-discípulo.

Esa mistagogía (literalmente, «conducir al Misterio») presente también en la tradición mística europea ha dado como fruto personas dotadas de un fuerte sentido de pertenencia, como nuestro santo navarro. Ignacio de Loyola supo sacar de Javier lo mejor de él: su generosa lealtad, su nobleza. Así lo describía en una carta en que, con motivo del paso de Javier por España en su ruta hacia Portugal, lo recomendaba Ignacio a su sobrino Bel-

trán de Loyola (Azpeitia) para que acogiese en su casa a: «Maestro Francisco Xavier, navarro, hijo del señor de Xavier, uno de nuestra Compañía, es el que ésta lleva, el cual va por mandado del Papa... En todo se dará a Mtro. Francisco el mismo crédito de mi parte, que a mí mismo se daría...». En pocas palabras, esa pertenencia cada vez más amplia,

*vive, pues, Javier su vocación
cristiana como un ser elegido
personalmente por Cristo,
en la Iglesia, para ser enviado
en misión a la Humanidad*

más universal de Javier: a su familia, a Navarra, a la Compañía de Jesús, y a la Iglesia Católica, con el Obispo de Roma a su cabeza. La citada misiva de Ignacio refleja el eco de otra que enviara Javier a su hermano Juan, esta vez con motivo del paso por allí de Ignacio, cuando volvió de París a su tierra a curar la salud. En ella describe Javier:

Cuánta merced nuestro Señor me ha hecho en haber conocido al señor maestro Iñigo, por ésta le prometo mi fe, que en mi vida podría satisfacer lo mucho que le debo (...) Por tanto suplico a v. merced le haga aquel recogimiento que me haría a mi misma persona (...) no deje de comunicar y conversar al señor Iñigo (...) por ser él tanto una persona de Dios (...) y de él v. merced

²⁸ El 12 de marzo de 1622 Javier fue canonizado junto a San Ignacio, Santa Teresa, San Isidro Labrador y San Felipe Neri, por el Papa Gregorio XV.

*se podrá informar de mis necesidades y trabajos, mejor que de persona del mundo, por estar él al cabo de mis miserias y lacerias más que hombre del mundo*²⁹.

El discípulo Javier se había formado con el Maestro Ignacio. Ambos compartían casa en París, desde octubre de 1529 hasta abril de 1535. Reencontrados en Venecia a principios del 37 y formando parte de la misma comunidad de Roma desde 1538, no volvieron a separarse hasta la partida definitiva del misionero. Antes de dirigirse a Portugal para embarcar hacia las Indias, Javier había dejado escrito un documento con su voto para la futura elección del padre general de la Compañía. En él expresa su predilección por «nuestro antiguo y verdadero padre don Ignacio, el cual, pues nos juntó a todos no con pocos trabajos, no sin ellos nos sabrá mejor conservar, gobernar y aumentar de bien en mejor, por estar más él al cabo de cada uno de nosotros»³⁰. Partiendo de una relación amable de convivencia en los estudios parisinos, a través de la cual Loyola introdujo en la práctica personal de la meditación a Javier, éste último fue capaz de descubrir la verdad liberadora de Cristo. Se trata de una verdad personal, una Palabra hecha carne, y no de una doctrina más sobre la vida. Los Ejercicios Espirituales fueron el camino específico que Ignacio le mostró a

Javier, el método para facilitarle un encuentro personal con el Misterio salvífico de Dios en Jesucristo, destinado a toda la humanidad. No resultará extraño, pues, que el único libro citado, además de la Biblia, por el Maestro Javier, sea el de los Ejercicios. Serán la base de su vida espiritual, pero también del apostolado y los métodos misionales del discípulo de Ignacio.

El sentido fuerte de pertenencia a la Iglesia se manifiesta en Javier a través de su experiencia de comunidad apostólica. Compañía «santa», «benedita», «Compañía de amor», la llama él. «Si alguna vez me olvidare de la Compañía del nombre de Jesús, sea entregada al olvido mi diestra», llega a exclamar parafraseando el salmo bíblico³¹. Javier llevará siempre los nombres autógrafos de sus compañeros en una bolsita colgada al cuello. Los tenía presentes y les pertenecía «en Cristo»:

*Y si los corazones que en los que en Cristo se aman, se pudiesen ver en esta presente vida, creed, Hermanos míos carísimos, que en el mío os veríades claramente; y si no os conociédesed, mirándoos en él, sería porque os tengo en tanta estima, e vosotros por vuestras virtudes teneros en tanto desprecio, que por vuestra humildad dejaríades de os ver y conocer en él, y no porque vuestras imágenes no estén imprimidas en mi alma y corazón*³².

²⁹ Doc. 1, 6-7.

³⁰ Doc. 4, 2.

³¹ Doc. 59, 22.

³² Doc. 90, 60.

Pero este amor a la propia congregación lo vivía Javier con una extraordinaria libertad, siempre en referencia última a la Iglesia jerárquica, a cuya disposición se ponía y con quien quería tuviesen siempre los misioneros una relación afectuosa y colaborativa.

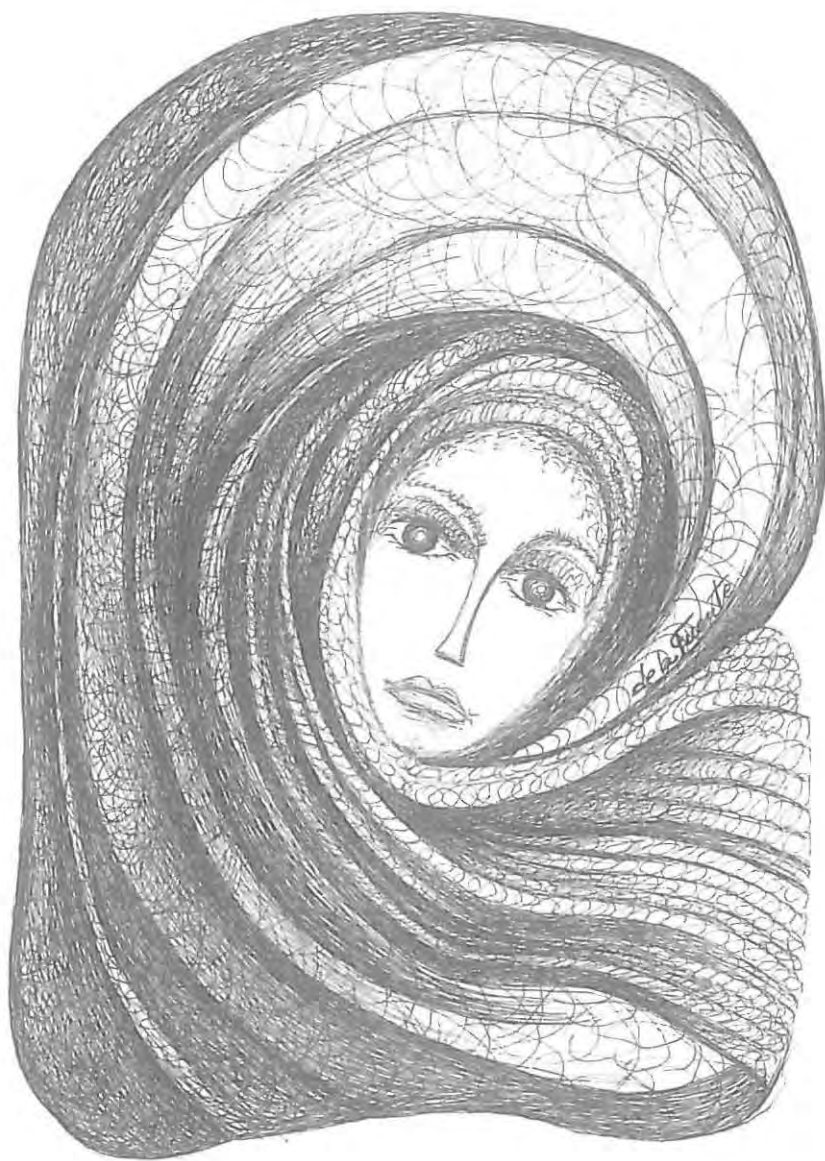
Mirad que os encomiendo y mando —le deja por escrito al P. Barceo, en 1552— que al señor Obispo seáis muy obediente, así vos como los otros Padres, y por ninguna cosa le deis disgusto, mas antes todos los descansos y contentamientos que pudiereis, pues tanto nos ama y quiere, y tanta razón hay para servirlo y amarlo.

Así es como la experiencia del Misterio de Dios en la caridad de Cristo y en la comunidad de vida al estilo de los apóstoles alienta la biografía de Javier y da sentido a sus empresas. Otra mirada que no llegase ahí, se quedaría corta. Un diálogo con Javier

que nos lo haga actual en su quinto centenario, e inspirador de nuestras misiones presentes tendrá, por consiguiente, que alcanzar la experiencia mística, como nos recordaba un conocido teólogo francés que lleva su nombre:

Se inicia un diálogo entre el santo y yo mismo en el momento en que comprendo que el misterio de su existencia no se agota en la banalidad exterior de los trabajos y los viajes; más aún, si tengo el cuidado no sólo de reconocer los elementos espirituales de su existencia, sino también de adivinar siempre su presencia secreta bajo los acontecimientos visibles. Toda vida es un itinerario; sólo el itinerario místico da sentido verdadero al externo y material que se ve³³. ■

³³ XAVIER LEÓN-DUFOUR, *San Francisco Javier. Itinerario místico del apóstol*, Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 1998, 23.



Pilar de la Fuente:
«María Madre»
Plumilla sobre cartón, 15 × 21